

Históricas Digital

Javier Manríquez

“Poste restante”

p. 21-26

Caminos y vertientes del septentrión mexicano: Homenaje a Ignacio Del Río

Patricia Osante, José Enrique Covarrubias Velasco, Javier Manríquez, Juan Domingo Vidargas del Moral y Nancy Leyva (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

334 p.

Figuras

ISBN 978-607-30-3387-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 08 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/718/caminos_vertientes.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



POSTE RESTANTE

JAVIER MANRÍQUEZ

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Nota liminar

Conocí a Ignacio del Río en 1967, en La Paz, Baja California Sur, como profesor en la Secundaria José María Morelos y Pavón. La asignatura que me tocó cursar con él no aparece en su *curriculum vitae*: Club de Declamación y Teatro. Tampoco he hallado en ese documento que he tenido a la vista la mención de la escuela donde estudió teatro en la ciudad de México durante cierto tiempo, ni las obras teatrales que dirigió ni aquellas en las que actuó. Al respecto vale decir, con alguna simpleza, que Del Río borró para él todo aquello que no fuera o significara su dedicación a la historia. Sin embargo —quienes lo tratamos de cerca lo sabemos— jamás dejó de mostrar interés por las actividades artísticas y sensibilidad en cuanto a tales menesteres, e incluso, en un buen tramo de los años finales, encontró otra manera de explorar sus vivencias a través de la composición de canciones.

El día que lo conocí nos puso en acción: oyó la voz de cada uno de los poco menos de treinta alumnos que lo habíamos elegido como maestro, nos enseñó trabalenguas para mejorar la dicción, aguantó la cursilería ripiosa de varios de los compañeros que se atrevieron a declamar y montó y ensayó, en esa primera sesión del viejo teatro de la Casa de la Juventud, la rutina de Marcel Marceau con la mariposa que vimos morir en una de las manos de Sergio Salgado, mientras oíamos de fondo —en un volumen muy, muy bajo— algo que provenía de *Madama Butterfly*.

Al paso del tiempo, el vínculo establecido entre el maestro y los alumnos más cercanos a él se fue estrechando y consolidando. Con un pequeño grupo de nosotros, y con gran rigor, hizo un cuadro de poesía coral de buena factura, lo que dio pie para invitarnos a la

representación de las obras de teatro que dirigía o a los ensayos en los foros a los cuales tenía acceso. Así vi por primera vez obras de Chejov y de Pirandello y asistí encantado a los ensayos de la última obra que quiso montar y que lamentó no poder llevar a cabo: *El zoológico de cristal*, de Tennessee Williams.

Decir que fui amigo de Ignacio del Río es no decir nada, porque, si atiendo a las muchas dedicatorias en los libros que me regaló, aparece en éstos una especie de *ritornello* mentiroso y comodino que le servía para no quebrarse la cabeza redactando textos ocasionales de arte mayor: “para mi mejor poeta y mi mejor amigo”. Con base en esta línea —y como yo no soy historiador que tenga que ahondar en su obra o en su campo de estudio— he escrito para recordar su amistad impecable lo que parece ser un poema o, cuando menos, como suele expresar cariñosamente mi amiga Tere Vicencio: un poemilla.

POSTE RESTANTE

A la memoria de Ignacio del Río

I didn't go to the moon, I went much further
– for time is the longest distance between
two places –

TENNESSEE WILLIAMS, *The Glass Menagerie*.

Aquel verano, durante mi segundo año de secundaria, el calor desgajaba la tierra y la ciudad despreocupada dormía la siesta bajo la sombra de los almendros y los incontables tamarindos.

Nada parecía arrancarla de su sueño: las ráfagas lejanas y el humo denso de las ejecuciones no estropeaban todavía la vocación azul del cielo.

Tenías entonces treinta años y catorce yo, cuando te plantaste frente al grupo como quien trae trucos en las bolsas y algo más entre las mangas, para regalarnos el contorno de la verdad con el agradable espejismo de la ilusión.

(Prefiero recordarte así, emulando la voz del hombre que entrevió a la muchacha de los cristales convertidos en zoológico —frágil ella e inasible en la veta del dolor.)

Esta vez te traeré ante los demás para decirles que alguien de tu condición y tu genio puede habitar las regiones del poema.

Puede ir y venir, y volver, y no irse nunca porque le pertenece el escenario donde todo es distinto a cada lance y a partir de texturas escritas, palabra a palabra, con las marcas de la perfección.

Ni grande ni pequeño: sólo hombre, diré —hombre solo, tan simple o complicado como la libertad que desplaza los acentos y los pone en su lugar—, tan dado a proyectar su manera de ver el mundo y soñarlo desde la fiebre del que sabe reemplazar los mecanismos de miseria de la realidad y los trueca por la arena soleada de una playa ensimismada en la quietud.

Así volviste después, de repente, en la calma de una noche caurosa de agosto, embebido en el desorden del sueño, y, bordeando la lentitud de los días finales, dejaste caer las palabras requeridas por la evocación, en el afán de repasar y compartir tus asuntos más olvidados que, sin embargo de todo, seguían tejiendo la trama de tu historia.

Empezaste a hablar entonces inmerso en la sencillez de quien relata sus hechos para explicar la aventura que resulta de pactar con la vida y luego dejaste fluir el torrente tranquilo de imágenes:

“Fui boxeador en los tiempos del servicio militar, cuando tenía diecinueve años, y peleé con cierta fortuna en la arena California, la que estaba casi enfrente de la casa de Julia. Tumbé sobre la lona —me acuerdo— a un viejano que parecía ropero y que se derrumbó en el sexto asalto como un montón de piedras desprendidas del alma.

”Fui además Stanley Kowalski, un violento amasijo de músculos torpes frente a las facciones apacibles e imprecisas de una Blanche que fue después, sobre otras tablas, la envenenada hija del doctor Rappaccini.

”En algún momento, bajo la traza del ciego Tiresias, pude darme a la facultad de adivinar y percibir la sustancia de las cosas desde los muros aparentes de Tebas.

”Me colé tantas veces de trampa en trenes de carga con destino a los Estados Unidos que las circunstancias de esas entradas se me desdibujan: qué más da. También me sacaron por diferentes puntos de aquellos territorios, pero yo volvía a entrar de nuevo...

”Uno de los trabajos más ingratos que desempeñé allá consistía en desahijar el betabel. Tomaba para ello un azadón cortito y tenía que agacharme todo el tiempo para segar algunas plantas y dejar sólo la elegida, la que debía crecer. Antes de pasar apenas una hora, comenzaba a dolerme la cintura, mientras el frío me iba helando poco a poco el cuerpo. Y no podía soltar el azadón: se fundía conmigo hasta dejarme exánime. Casi congelados, el pulgar y los otros cuatro dedos de mi mano derecha terminaban formando un anillo, en tanto que usaba la izquierda para remover y sacar el azadón con gran dificultad.

”Iba de camino una noche pegado a las vías del tren —o, de plano, por las meras vías—, luego de pelearme con alguien que era mi amigo, y me sorprendí de pronto cantando aquello de

revoloteando el nido destruido,
un gorrioncillo pecho amarillo...

una tonada conocida por todos, pero que a mí me puso a girar, en medio de la soledad y el miedo, y me condujo a preguntarme: ¿qué cabrones estoy haciendo aquí?

”Hubo otros trabajos, otros *jales*, como solíamos decir. Fui chalán de albañil. Lanchero en Acapulco, donde una ballena surgida de la nada me dejó sin aliento.

”Lavé baños en una terminal de autobuses Flecha Roja.

”Vendí limonada en Hermosillo, lo que me permitió comprar un cajón de bolero que después troqué por una caja para dar toques eléctricos.

”Me robé una pistola junto con el Chicho Cota y la fuimos a ocultar en el Cerro de la Calavera, adonde nos siguió la policía...

”Además, fui historiador. Narré para poder explicar hechos y procesos. No me apena decirlo...”

Pronunciada la última palabra, tu voz se fue convirtiendo en un hilo tenue y empezó a volverse inaudible. Supuse que te hacías a un lado, que te ibas yendo, o que la marejada de la noche te alejaba de manera definitiva hacia esteros de ceniza.

Dejé pasar unos minutos, intenté jugar con los dedos de las manos, entretenerme en algo, y te oí hablar de nuevo:

“¿Te acuerdas del libro que no alcancé a escribir? ¿El que quise llamar *Poste restante*? Tenía yo una idea vaga de las características del servicio postal que designan esos dos vocablos. Tu padre pergeñó para mí una nota donde detallaba en qué consistía. Lo que me importaba era la índole preferencial y secreta del servicio, creado a la medida de quien no cuenta con domicilio fijo para recibir correspondencia y se la entregan luego en forma discreta y personal.

”Así debía ser mi libro: una reunión de escritos personales, cosas al margen de mi actividad, ensayos olvidados en alguna parte acerca de aquello más mío. La historia que siempre rescato en un lienzo de agua que me dibuja: la que se lleva el viento. La que jamás escribo.

”Eso no puede ser ya. Ni cabe decirle al empleado de correos: ‘¿tengo algo *a poste restante*?’

”Ambas palabras son ahora para ti. Haz con ellas lo que quieras.”



Hizo un esfuerzo enorme para levantar la mano derecha en señal de despedida y en ese instante su figura se delineó ante mí con mayor claridad. Su sonrisa era débil, pero había en sus ojos un brillo cómplice. Me pareció que su imagen se disolvía mientras tarareaba una canción que él y yo cantábamos a dos voces de cuando en cuando:

Una garza que alza el vuelo
en la luz crepuscular
es la imagen de mi anhelo...

Cuautla, Morelos, 15 de marzo de 2015.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS